



S. M. el Rey Don Alfonso XIII y el general Berenguer, en la capilla ardiente. Abajo el cuerpo de Primo de Rivera. (Dibujo de Godard.)

LLEGAN A LA CAPITAL LOS RESTOS DE DON MIGUEL PRIMO DE RIVERA

AQUEL domingo el general se había levantado temprano. Después de vestirse, se sentó en un sillón del cuarto del hotel para leer la Prensa y despachar la correspondencia pendiente. Cuando las hijas del general —terminada la misa— volvieron, su padre continuaba sentado en el sillón, el papel que estaba leyendo había caído al suelo y tenía las gafas apoyadas en la frente. «Está dormido», dijeron. Poco después, alarmadas al observar la profunda palidez del rostro, le llamaron varias veces sin obtener respuesta. Cuando llegó el médico, Miguel Primo de Rivera, marqués de Estella, una de las figuras más discutidas de la historia española, hacía ya dos horas que había muerto. La noticia de la muerte repentina —había sufrido una embolia— del exjefe de Gobierno, se extendió como un reguero de pólvora por

París. Era el día 16 de marzo de 1930. Tres días más tarde llega a Madrid, procedente de Austerlitz, el vagón que transportaba los restos del Dictador. La estación del Norte estaba repleta de flores. Además de los miles de coronas, a primera hora había llegado un vagón con toneladas y media de claveles, pensamientos, alelles, margaritas y violetas procedentes de Valencia. En el tren venían más de 300 personas acompañando al político fallecido. Cuando los más próximos al convoy descendieron el féretro, se hizo un silencio impresionante. Una vez oficiada la misa en la capilla ardiente con asistencia del Rey y todo el gobierno, el cuerpo del general fue transportado hasta el cementerio de San Isidro donde recibió sepultura. «Paz al espíritu de quién dió a España días de júbilo y de gloria», decía ABC.



El público rodeando el coche en el que los restos del marqués de Estella, a su llegada a Madrid, fueron conducidos a la Capilla.



Un aspecto del cortejo fúnebre, a su paso por las calles de Madrid. Miles de personas acudieron para dar el último adiós al general.